

LOS SERAFINES

Juan Ignacio Pérez González

Serafina y Serafín, pareja de hecho a ojos vista y de derecho, legal y canónico por supuesto, decidieron, años ha, no volver a viajar al extranjero. Esta firme posición, que sorprendió muchísimo a quienes los conocían, tuvo su razón en la última experiencia viajera que, y bien que lo lamentaron, resultó ser desdichada. Y es que Purita, la dependienta estrella de la agencia de viajes del lugar, movida por un afán destructor como consecuencia de los cuernos con que le había obsequiado su novio, puso a la pareja en trance de desesperación. Ellos, que llegaron a la agencia tan animados a que les preparara un viaje por los países centroeuropeos de siempre, Austria, Chequia y Hungría, fueron hábilmente engatusados por la estresada Purita a quien no se le había ocurrido otra cosa que ampliárselo con una estancia de cuatro días más en Ratisbona. Total, por un cincuenta por ciento más redondeáis el periplo en esa pequeña ciudad, patrimonio universal desde no hace mucho. Los pobres Serafines llegaron a la localidad bávara y tras un día de agobiantes visitas a las zonas más monumentales e interesantes se encontraron con que no había mucho más que hacer que dejar pasar el tiempo. Fueron tres días interminables, cerveza y salchichas a tutiplén, y menos mal que se entretuvieron viendo la tele, en alemán desde luego. Total, qué más da.

Al volver a su lugar de residencia los Serafines protestaron ante don Eladio, el patrón de la agencia de viajes, a quien no le quedó más remedio que cederles, en compensación, un vale para el consumo de siete fabadas cada uno, aperitivo, bebidas y postre no incluidos, en un restaurante que, curiosamente, resultó ser propiedad de él mismo. La pareja quedó más o menos satisfecha aunque los estragos digestivos provocados por tan suculenta legumbre les duraron un tiempo.

Tuvo don Eladio, además de la oportuna donación del vale, otra iniciativa y fue la de que quiso quedar a bien con sus clientes en general por lo que, tras la difusión del hecho a los cuatro vientos, Purita fue despedida *ipso facto*; así que la pobre se quedó sin trabajo, corrida y sin novio y con una mala leche descomunal. Actuando de una manera irresponsable forzó la puerta de la sacristía de la parroquia más a mano y maltrató algunos sagrados objetos de culto, nadie sabe el porqué. El párroco la excomulgó aunque ese excomulgo era de tercera división pues ni el obispo de la diócesis ni el de Roma tomaron cartas en el asunto y lo dejaron pasar. Así que, como escrito, Purita enriqueció su currículum con el de la tibia exclusión de la comunidad de fieles, lacra añadida a sus estados de paro y cuernos mencionados. Y menos mal que no fue penalmente castigada por su otra acción, la de, después de poner a su novio a tono, pegarle una patada en el sitio más sensible que lo dejó para el arrastre en muchas, muchísimas, jornadas. Castigo seguramente merecido por el novio, quien irresponsablemente había derivado sus posiciones sedentes en las reuniones de trabajo con una compañera pasando sin solución de continuidad desde el vis a vis de uno enfrente de la otra, después al de uno al lado de la otra hasta, finalmente, y ahí es donde se desencadenó el entente que derivó en tragedia, con ella, la compañera, sentada en sus rodillas, en las del novio, dándose lo demás por añadidura. Como si no hubiera sillas suficientes en la sala. El facultativo reparador del desaguisado genital había arrugado el ceño y susurrado lo de jodido lo tienes muchacho. Pero el

comentario cayó en saco roto pues el novio maltrecho estaba convenientemente narcotizado.

Dicen que Purita se marchó hastiada de la ciudad que tan mal la había tratado y que, a la espera de tiempos mejores, se dedicó, durante tres semanas y media, a algo a lo que se acogen algunas mujeres despechadas, gracias a Dios muy pocas, y que no detallaré pues quiero que este escrito destilé un fondo de optimismo. A pesar de las circunstancias, a pesar de todo.

Los Serafines, casi apagada lo de su desazón viajera y en un alarde de generosidad, perdonaron a Purita su desatino, la rescataron tras ímprobos esfuerzos de su desastrada vida y la colocaron de dependienta responsable en su boyante negocio de cosas varias, desde lechugas hasta profilácticos; establecimiento de un corte parecido al de los Verloc londinenses, pero muchísimo más rentable; en ese generoso puesto la muchacha, ya felizmente recuperada y en el correcto sendero, inició con premura la labra de un porvenir que, por poco, había estado a punto de tirar por la borda. El infiel novio, humillado, arrepentido y a la vista del éxito laboral de Purita, intento rehacer la posición sentimental; la mujer le mandó a hacer puñetas aclarándole que adónde iba él con sus pingajos insuficientes y advirtiéndole que él era para ella un caso muerto. Un punto y aparte, vamos.

Sin otros entretenimientos a mano los Serafines se dedicaron a algo que tenían in mente desde hacía mucho. Pero antes de ceñirme a la esencia del relato aclararé el origen de tan peculiar pareja. Eran ellos, además de consortes, primos terceros por parte de una tía abuela, o bisabuela, que había perdido a su marido en la guerra de Cuba y que, desde entonces, se había dedicado en cuerpo y alma a socorrer a niños de familias de escasos haberes dinerarios; generosa labor ésta por la que había sido muy reconocida y muy estimada en el lugar. Su apellido, Narganes, pasó, en una complicada trayectoria genética, a los protagonistas de esta historia y como el segundo apellido de ambos era García, cosa muy común en nuestros lares, la identificación de la pareja era pan comido como quien dice. Serafín Narganes García y señora, que se deletrea todo igual pero con "a" añadida al nombre (tal como, complacientemente, aclaraban a quien inquiriera sobre la identidad de ambos).

Así que con su bagaje patronímico aclarado puedo contarles sin interrupción lo del nuevo entretenimiento de la pareja. Y es la de que se dedicaron a asistir a cualquiera del montón de eventos de signo político que se celebraran en el territorio nacional. Mítines de candidatos a elecciones municipales, autonómicas o generales, las normales o las adelantadas, las de segundas nupcias como decía Bonifacio el bodeguero, eran seguidas con una fidelidad a toda prueba por los esposos. Entre una cosa y otra tenían ocupados una porrada de días del año. El signo político de la manifestación no era importante. Lo importante era la presencia de un líder, o de una lideresa, personaje al que, sin desmayo ni dilación, abrazaba y besaba doña Serafina agradeciéndoles en tres palabras los servicios que prestarían o, en su caso, prestaban, a la comunidad correspondiente. Y llegaba al paroxismo, junto con el resto de los asistentes, cuando el orador del momento, tras ocho años en el cargo si era el caso, culpaba vehementemente a la oposición del desastre político y prometía que, además de gobernar de nuevo, y eso era seguro, meterían en vereda al adversario y lo educarían para que colaboraran más y se opusieran menos. Tal como relatado eso enardecía tanto a doña Serafina que su marido se asustaba por el dispendio de pasión que su pareja desbordaba.

Don Serafín era menos proclive a la demostración de los estados eufóricos del estilo de los mostrados por su parienta. Ocasionalmente estrechaba la mano del orador u oradora. Y si a esta, pongamos por caso, se le ocurría acercarse para la fría ceremonia de reconocimiento, suave roce de mejillas y ósculos al aire, él se retiraba y se limitaba a extender la mano para el apretón. Una de ellas, muy lanzada, le llamó la atención por el desprecio mas el señor Narganes García le aclaró con suavidad pero firmemente que él a las mujeres hechas y derechas, incluso a la suya y exceptuando, claro está, a las de la familia, solo las besaba en los labios. Que era mucho don Serafín para andarse con minucias. La del fallido ósculo se quedó corrida y sin saber que hacer se retiró a toda prisa para que los periodistas, siempre al acecho de situaciones chuscas, no la tomaran con ella. Pero aquello se supo, fue aireado convenientemente y como consecuencia del desdeñoso acto, educado en la forma eso sí, de Narganes, la del beso frustrado perdió las elecciones. ¿Cómo iba a realizar todo lo que prometía en el mitin si había sido incapaz de conseguir algo tan sencillo como el beso del rebelde? Más le habría valido estarse callada. Entretanto don Serafín se descojonaba vivo ante la cara de incredulidad de su mujer que le reprochaba su feo a la lideresa. Pero el asunto no paso a mayores. Todo lo contrario.

El líder regional de la otra facción le agradeció vivamente su selectiva salida ofreciéndole un puesto en el partido que lideraba y que, finalmente, resulto ganador. Y es que a la política, con mayúsculas, se llega por los caminos más insospechados. Así que Serafín, ahora don Serafín definitivamente, se aplicó a su nuevo trabajo con una meticulosa dedicación que llamó la atención del líder de lo alto del todo, el nacional, reconocido experto en enfatizar las obviedades más evidentes. Y este, sin pensárselo demasiado, lo llamó a su lado, a la capital. Y allá se fue el buenazo de don Serafín con el ánimo cierto de hacer las cosas lo mejor que pudiera. Se instaló en un moderno piso, bastante céntrico y cerca de su lugar de trabajo, e inició la labor para la que había sido designado. Desde luego el costo del habitáculo era a cuenta del partido.

Entretanto doña Serafina se había quedado sola y mohína aunque no desganada en lo referente a sus asistencias a los mítines y, mujer leal a sus principios, sin preferencias por el signo. Don Serafín, demócrata de toda la vida, no le llamó la atención pues bien sabía él que no conseguiría nada. Y así, en un extraño impase conyugal, se desarrollaba la vida de los esposos que solo tenían tiempo de verse y achucharse una vez al mes, más o menos.

Así pasaron unos meses, tiempo en el que ella cubrió con holgura el cupo de posibles asistencias a las llamadas de los políticos, desde luego con beso y/o abrazo incluido. Entretanto él, metido a tope en el ajo de su nueva labor, pidió más trabajo al líder así como una secretaria que le organizara el montón de asuntos que gustosamente atendía. En la nacional se retrasaron en dar cumplimiento a la necesidad de don Serafín quien, preocupado, lo comentó con su pareja. A ella, absorta en lo suyo, no se le ocurrió otra cosa, nunca lo hiciera, que proponer a Purita como secretaria del neo político y él, que apreciaba muchísimo a la muchacha, no se lo pensó dos veces y se la trajo a la capital. Doña Serafina apañó urgentemente la vacante de Purita en la tienda familiar y así, con todo organizado, cada uno de los cónyuges se dedicó a lo suyo.

Don Serafín comenzó, con la inestimable ayuda de Purita, una febril labor que demostró a la cúpula que allí había madera de político avezado. Y a tanto llegó el reconocimiento que fue elevado en poco tiempo a más altas instancias de la administración, en la parte política desde luego.

Entretanto la relación de Purita y don Serafín se estrechaba hasta llegar a límites que rozaban lo permitido por las normas morales más al uso y es que la muchacha era, y estaba, muy buena. Entre asunto y asunto don Serafín terminó por ocuparse de Purita con un esmero amoroso digno de encomio. Las posiciones, no sedentes sino yacentes, de contubernio erótico llegaron a hacerse diarias por lo que el acceso al despacho del neo político era cada vez más dificultoso. Y el comentario general era el de que aquel hombre trabajaba cada vez más. ¡Y tanto!

Ante el cariz que había tomado el asunto don Serafín aclaró con su pareja, con la legal, la nueva situación sobrevenida, argumentaba él, por la política y por la distancia. Y, como consecuencia, le pidió la separación. Doña Serafina, metida de lleno en la asistencia a los mítines, se la concedió sin, tan siquiera, pensárselo dos veces con lo que don Serafín se encontró con las manos libres para hacer y deshacer a su antojo.

Cuando finalmente don Serafín fue propuesto, y aclamado, a la más alta instancia en su partido comenzó para él una estresada vida de reuniones, mítines y otras actuaciones, muchas de ellas verdaderas zarandajas, que, de alguna manera, deterioraron su reciente vida amorosa. Y es que entre viajes, hoteles y todo lo que rodea a esa situación la realidad cotidiana, sin Purita, lo tenía medio alelado.

Hace un par de meses doña Serafina asistió, emocionada y bien dispuesta como siempre, a uno de los mítines en la capital. Como tenía por costumbre sin preocuparse de saber el signo político del grupo. Entre tanta gente como asistió no pudo ni entrever al orador de turno aunque, eso sí, una vez acabado el acto se acercó dificultosamente a abrazar y besar al protagonista del evento. Y, ¡oh, sorpresa! el orador resultó ser el inefable don Serafín. Después del morrocotudo susto los Serafines, aún atónitos ante la coincidencia y tras unos segundos de vacilación, se aprestaron a hacer honor a sus inveteradas costumbres. Así que la pareja se fundió en el abrazo de rigor, propiciado por ella, y en el posterior beso en los labios, propiciado por él. Este último efusivo gesto culminó en un punto de apasionamiento tal que, un rato más tarde, motivó una charla aclaratoria y, finalmente, una vuelta a la normalidad conyugal. Claro está que la nueva situación supuso un perjuicio para Purita quien, finalmente, se encontró sin novio, y ya van dos, aunque con un trabajo muy dignamente remunerado. ¡Bah! dicen que dijo ella. No me faltará de nada.

Ayer comenzó la campaña para las elecciones legislativas y parece ser que, tal como adelantan las encuestas, las opciones de don Serafín para acceder a Primer Ministro no son muchas. Entre sus promesas electorales está la de promover una ley que limite los mítines o que se pasen por la tele los ya realizados, que ahí hay mucho donde elegir. ¡Ay!, pobre doña Serafina. ¿Será esta iniciativa del político un motivo de disputa que altere la ahora pacífica convivencia de la legal, legalísima, pareja?

De cualquier forma parece ser que si don Serafín no resultara elegido, tal como dicen las encuestas, pediría al partido un puesto de cónsul, siquiera honorario, en algún lugar no demasiado lejano. Y sé de buena tinta que su íntima preferencia es Ratisbona.

FIN